

El libro: una visión mítica

Elías Capriles

Para el racionalismo y, en general, para las distintas variantes del proyecto moderno, la aparición de la filosofía, la ciencia y otros instrumentos de las funciones lineales de la razón asociadas al hemisferio izquierdo del cerebro humano y a lo que Freud llamó «proceso secundario»,¹ habrían representado la *superación* del pensamiento mítico que se encontraba más íntimamente asociado al proceso primario, y dicha superación constituiría una *evolución positiva*. Sin embargo, desde hace algún tiempo algunos pensadores más perspicaces han comenzado a preguntarse si no habrá más verdad en la interpretación contraria: ¿no aparecerá más bien el mito para *corregir las deformaciones* surgidas del desarrollo de la inteligencia lineal manipuladora?

En efecto, en nuestros días esta última ha alcanzado un poder tan enorme, que la implementación de sus proyectos amenaza con poner fin a la vida en el planeta. En cambio, mitos tales como el de Prometeo, el del Gólem, el del aprendiz de brujo, el de Sísifo, el de Tántalo, el del Dr. Fausto, el de los hombres con el elefante y muchos otros podrían quizás ayudarnos a comprender adónde conduce el rumbo que llevamos —y, por lo tanto, darnos la posibilidad de cambiarlo antes de caer al abismo de la catástrofe ecológica—.

Adoptando, pues, la perspectiva de quienes consideran el mito como remedio para los monstruos que, como señaló Goya, son producto del sueño de la razón, abordaré el tema del libro desde el punto de vista mítico propio de la filosofía de la historia de las tradiciones espirituales de la India, la China y el centro de Asia, así como de las filosofías de Heráclito y de los estoicos, y de muchas obras literarias y míticas grecorromanas. Dicha perspectiva es la que fue expresada por Erasmo de Rotterdam:²

«¡Oh, qué sencillas eran aquellas gentes de la edad de oro, que desprovistas de toda especie de ciencia, vivían sin más guía que las inspiraciones de la Naturaleza y la fuerza del instinto!... ¿De qué les hubiera valido la Dialéctica, no habiendo opiniones contrarias? ¿Qué lugar podría tener entre ellos la Retórica, no metiéndose nadie en los negocios ajenos? ¿Para qué recurrir a la Jurisprudencia, si estaban apartados de las malas costumbres, que han sido, sin duda alguna, el origen de las buenas leyes?...

«Mas, perdida poco a poco esta inocencia de la edad de oro, fueron inventadas las ciencias, como he dicho, por los genios del mal (los autores de estos males, de quienes provienen las desventuras, se los llama *demonios*, nombre que en griego significa «los que saben»), si bien en principio, en corto número, fueron muy poco cultivadas; después, la superstición de los caldeos y la ociosa fantasía de los griegos añadieron otras mil, verdaderos tormentos del espíritu...

¹A pesar de que recientemente muchos psicólogos transpersonales han negado que la psiquis y sus funciones dependen del cerebro humano, Jacques Lacan, Gregory Bateson y el grupo de Palo Alto, el sociólogo Anthony Wilden y neurólogos como Karl Pribram y Merton Gill han rescatado al «primer Freud» y su Proyecto de 1895 (español 1974, *Proyecto de una psicología para neurólogos y otros escritos*. Madrid, Alianza Editorial). En particular, Gregory Bateson (1979, *Mind and Nature. A Necessary Unity*. Nueva York, Dutton; versión española, 1982; primera reimpression 1990: *Espíritu y naturaleza*. Buenos Aires, Amorrortu editores S. A.), Karl Pribram y Merton Gill (1976, *Freud's «Project» Re-assessed*. Nueva York, Basic Books) y otros han asociado el funcionamiento del hemisferio derecho del cerebro humano a lo que Freud llamó «proceso primario» y el funcionamiento del hemisferio izquierdo a lo que Freud llamó «proceso secundario».

²Erasmus, Desiderius (Erasmo de Rotterdam), *Elogio de la locura*.

«...Dios, gran arquitecto del Universo, *prohibió* que se gustase del árbol de la Ciencia, cual si ésta fuera el veneno de la felicidad, y también San Pablo la condenó abiertamente como un manantial de orgullo y maldad, siguiendo la idea que, a mi juicio, inspiró a San Bernardo, cuando a aquella montaña sobre la cual plantó sus reales Lucifer la llamó montaña de la ciencia.»

La crisis ecológica no deja dudas de que Erasmo tenía toda la razón al señalar que la ciencia era el veneno de la felicidad y que ella constituía un manantial de orgullo y maldad, y también que en ella «Lucifer plantó sus reales». La ciencia es un intento instrumental de comprender en términos del proceso secundario una serie de objetos que son considerados como separados del sujeto, como discretos y como autoexistentes; tanto por su estructura y función como por el interés que la determina, desde sus orígenes ella ha estado asociada al afán tecnológico que se desarrolló junto con las relaciones instrumentales que nos han hecho tratar a la naturaleza como un útil, explotándola hasta destruirla, y que al mismo tiempo nos han hecho explotar, oprimir y tratar como útiles a los otros seres humanos.³

Según esta concepción de la evolución y la historia humanas, la misma constituye el proceso de desarrollo y reducción al absurdo de un error. En efecto, a partir de la era de perfección llamada Edad de Oro o Era de la Verdad (*satyayuga*), un proceso de creciente degeneración, que corresponde al progresivo desarrollo de un error gnoseológico-ontológico-psicológico, va produciendo en nuestro psiquismo y en nuestra organización social una siempre creciente división, fragmentación y conflicto, cuyas manifestaciones más extremas corresponden a las características del final de la Edad de Hierro o Era de la Oscuridad. Esta fragmentación, al desarrollar una tecnología lo suficientemente poderosa y aplicarla instrumentalmente *tanto* en las relaciones entre humanos *como* en las relaciones entre los humanos y la naturaleza, da lugar a la crisis ecológica y socioeconómica global. Y si, una vez producida dicha crisis, se sigue adelante con el desarrollo de la fragmentación y de su poderío tecnológico, en poco tiempo se alcanzará el resultado natural de nuestro vertical e instrumental proyecto de dominio y la humanidad se extinguirá rápidamente junto con el resto de las armonías que constituyen la sinfonía de la vida.

El error que se había ido desarrollando completa su reducción al absurdo en la crisis ecológica y la humanidad queda frente a dos posibilidades: la superación de dicho error y la inauguración de una nueva Edad de Oro o Era de la Verdad, o la extinción de la vida en el planeta, incluyendo a la especie humana cuyos proyectos habrían ocasionado la extinción.

Marshall McLuhan estaría de acuerdo con la tesis, en la raíz de la visión mítica a la que me he referido, según la cual la humanidad habría pasado primero por la edad de las sociedades comunitarias «primitivas» que para McLuhan eran de carácter «tribal» y en las cuales la cultura y la comunicación humanas eran esencialmente «orales», la cual constituiría algo así como un «estado de naturaleza» rousseauiano —o, casi podríamos decir, una Edad de Oro como la concibieron los Orientales, Heráclito y los estoicos, aunque está claro que McLuhan obvia el carácter comunista y ácrata del estadio en cuestión—.

Después de muchos desarrollos de distintos tipos, la invención por Gutenberg de la imprenta de caracteres móviles y la generalización del uso de la misma marcaría el inicio de la *Age of Litteracy* (término que podríamos traducir inexactamente como «Era de la

³En su ignorancia de la funcionalidad de la psiquis humana y siguiendo a Engels, Habermas quiso limitar las relaciones instrumentales al campo de las relaciones entre la humanidad y el medio ambiente natural, poniéndole fin, en cambio, en el plano de las relaciones de los seres humanos entre sí: Habermas no vio que ello es absolutamente imposible, pues una vez que un tipo de relaciones es establecido en el proceso primario de los individuos, el mismo se extiende a todos los campos.

Alfabetización»), en la cual la realidad y la percepción humanas serían fragmentadas por la discursividad lineal impuesta por el libro y, en general, por el texto impreso (que incluirá revistas, diarios, etc.). Así se producirían la fragmentación y la exacerbación del individualismo que caracterizan a nuestra era —y que, como ya he señalado, se encuentran en la raíz de la crisis ecológica que constituye su reducción al absurdo y que, en consecuencia, exige su superación—. Riesman escribe sobre McLuhan:⁴

«Los versos de la *Dunciade* de Pope, por ejemplo, que [McLuhan] cita en el último capítulo [de *The Gutenberg Galaxy*], son conmovedores en la medida en que McLuhan ayuda a comprenderlos ubicándolos en un nuevo contexto. Para él, este poema no traduce simplemente un acceso de mal humor del poeta, sino que constituye la expresión simbólica de un peligro real. La invasión de los «tontos» representa la potencia homogeneizante de esa fuerza que es la imprenta. La muerte, tan melodramática, de las artes, de la filosofía y de la moral que pinta el poeta en su epopeya, simboliza la hipnotización del espíritu humano por la técnica, cuya existencia, como ya vimos, fue hecha posible por la invención de la imprenta de caracteres móviles. Después de una larga cita (IV, versos 627-656) donde el poeta describe la noche en que se hunde la humanidad, McLuhan agrega esta única frase: «This is the Night from which Joyce invites the Finnegans to wake».⁵»

Finalmente, tiene que producirse el retorno a la globalidad que era característica de las sociedades comunitarias «primitivas». Ahora bien, este retorno no se produce, para McLuhan, por la reducción al absurdo del proyecto tecnológico, que nos permitiría superar el afán manipulador en la raíz del mismo y exigiría la supresión de todas las estructuras verticales, sino por el desarrollo de estas últimas estructuras en la televisión (y quizás en otros medios audiovisuales). Para poder sostener una concepción tal, McLuhan tiene que ignorar que los medios de difusión de masas tienen una estructura vertical y manipuladora, en la cual una de las partes emite los mensajes y la otra los recibe sin poder contestarlos —lo cual, al contrario de lo propuesto por McLuhan, no podría ser más contrario a la estructura de la aldea, cuya esencia es la comunicación multidireccional y horizontal—.

Ignorando que la esencia de los medios es la unidireccionalidad en el flujo de la información, McLuhan se centra en una serie de accidentes de segunda o tercera importancia en la estructura de los distintos medios, debiendo recurrir a clasificaciones más que dudosas —tales como la que divide los medios en *hot* y *cool*—. Así justifica el publicista de los *mass-media* su afirmación según la cual la televisión no exagera la fragmentación que, para él, habría surgido ante todo como resultado de la generalización de la imprenta y de la *litteracy*, arguyendo que, por el contrario, la esencia «táctil» de la TV y su forma global de afectar la experiencia humana permite la restauración de la globalidad

Así pues, a primera vista la teoría evolutiva propugnada por McLuhan podría parecer corresponder a la visión mítica de la evolución humana que presenté en el libro *Individuo, sociedad, ecosistema* (Mérida, Consejo de Publicaciones de la Universidad de Los Andes, 1994), según la cual partimos de la globalidad y de la «verdad» en el sentido de ausencia de deformación de lo dado, para luego fragmentarnos a medida que se desarrolla

⁴Sazbón, José (compilador; incluye textos de Kattan, Baudrillard, Morin, Riesman, Nairn y Cohn), 1982, *Análisis de Marshall McLuhan*. Barcelona, Ediciones Buenos Aires. La cita es de Riesman, Paul, «Del hombre «tipográfico» el hombre «electrónico»» (pp.45-60).

⁵«Esta es la noche de la cual Joyce invita a los Finnegans a despertar».

nuestro error y finalmente recuperar la globalidad y la «verdad» en el ya mencionado sentido. La diferencia esencial entre ambas concepciones es que para McLuhan los últimos desarrollos de la técnica miope del ser humano fragmentado —que son los que, en la visión por mí presentada, determinan la culminación de la reducción al absurdo del error al exacerbarlo hasta su extremo lógico— producen directamente la superación del error y la fragmentación que le es inherente. Esto significa que este extraño y afortunadamente ya olvidado autor ignora que la recuperación de la globalidad implica la superación de las pautas de pseudocomunicación verticales y unidireccionales, supone que no hace falta liberarse de la influencia de la técnica sino exponerse a las técnicas más «modernas», y niega implícitamente la necesidad de una praxis transformadora tanto del psiquismo humano como de la sociedad, que desmonte la fragmentación y la verticalidad y ponga fin a las divisiones verticales en lo económico y en lo político.

Es por ello que debemos insistir en presentar un esquema muy distinto al de McLuhan. Perdidas la plenitud y la espontaneidad propias de la Edad de Oro, que a todos los beneficiaban por igual, aparecieron, por una parte, los líderes espirituales y luego políticos y, por la otra, un *corpus* de saber regulador a ser transmitido de generación en generación. Con el tiempo, se hizo necesario formular por escrito el saber en cuestión, de modo que los seres humanos, ahora más corrompidos y desorientados, no lo fuesen deformando al transmitirlo. Fue así que aparecieron los libros sagrados y, luego, el resto de los textos escritos. En ellos, el saber tomaba formas fijas, dejando de ser algo que el sabio amoldaba a las circunstancias y transformándose en la fuente de esquemas rígidos que eran transmitidos unidireccionalmente por el libro y otros manuscritos.

El escritor escribía y el lector leía; la transmisión de información era en cierta medida unidireccional, aunque esta unidireccionalidad fuese, tanto necesaria a las funciones que debía cumplir el texto, como inevitable para impedir un mayor desarrollo de lo díscolo. Ahora bien, como ha sugerido Umberto Eco, entre otros, el libro todavía permitía un cierto nivel de diálogo entre el medio y el receptor; este último podía subrayar lo que le gustase, podía escribir en el margen sus propias notas e incluso sus refutaciones de las ideas que el texto transmitía. Más aún, antes de Gutenberg el libro no sagrado y no revelado no tenía una estructura vertical unidireccional que negase la comunicación, sino una estructura propiamente comunicativa. Riesman escribe:⁶

«En la Edad Media todo lector era al mismo tiempo autor, pues copiaba en su propio libro los pasajes interesantes que encontraba en los autores que leía. Luego agregaba sus propios comentarios y, de este modo, el libro crecía y tomaba forma. El libro, evidentemente, no se «publicaba» nunca; simplemente un día comenzaba a circular de una persona a otra, mientras que el autor continuaba agregando nuevos comentarios de cuando en cuando. El libro medieval no tenía nunca como contenido un tema o ámbito de conocimiento único; siempre incluía todos los centros de interés del autor. En el libro no se buscaba una referencia específica, una información particular, sino sabiduría, un estímulo para el pensamiento.»

Así pues, aunque el texto escrito permitió un mayor desarrollo de la unidireccionalidad en la transmisión del saber y algunos libros de origen venerable quedaron establecidos como autoridad indiscutida sin que nadie pudiese cambiar su

⁶Riesman, Paul, *Ibidem*.

contenido (al menos en teoría, pues las autoridades religiosas a menudo retocaron para su propia conveniencia el contenido de los libros sagrados), el libro medieval que no era considerado como de origen sagrado dejaba un cierto margen para el diálogo y, en general, poseía una esencia mucho más «comunicativa» y «horizontal» que la del libro impreso con el aparato de caracteres móviles inventado por Gutenberg (o, más adelante, con offset, etc.), la cual es mucho más «instrumental» y vertical. La esencia del libro no sagrado del Medioevo correspondía, en efecto, a la de las ciudades libres autogestionarias que tanto fueron alabadas por el anarcocomunista Kropotkin, por William Morris, por Tolstoi y por otros pensadores ácratas.

Por otra parte, está muy claro que el libro no tenía el poder que tienen los medios audiovisuales para sumir al individuo en un ambiente artificial que inhiba sus facultades críticas, permitiendo condicionarlo totalmente y determinar su conducta en la dirección deseada por la empresa privada y por los tecnócratas que se dedican a la ingeniería social. La televisión y otros medios audiovisuales son extensiones del libro impreso y de su esencia manipuladora, vertical y unidireccional, y no —como propuso McLuhan— una cura contra la fragmentación producida por éste. El poder hipnótico de la televisión es muchas veces mayor que el del libro, por el mismo hecho de que —tal como sucede con las primeras manipulaciones «educativas» que recibe todo infante— sus manipulaciones no están limitadas al flujo discursivo de la palabra, sino que afecta simultáneamente todos los sentidos, produciendo determinantes *Gestalten* condicionadoras en el proceso primario del individuo.

Por otra parte, los contenidos transmitidos por la televisión no son «sabiduría», sino la antítesis misma de la sabiduría: ella transmite la serie de pautas díscolas que destruyen el mundo. Y si la sabiduría es holismo y la ignorancia fragmentación, tanto el mensaje principal de la TV —la estructura misma del medio— como sus mensajes secundarios —lo que a través de ella nos dicen los anunciadores y los locutores de los espacios informativos, así como los mensajes implícitos en los programas «recreativos»— no son otra cosa que una exacerbación de la ignorancia y de la deformación constituidas por la fragmentación. Así pues, la TV y otros medios audiovisuales impulsan el desarrollo del error que caracteriza el ciclo «evolutivo» (o más bien degenerativo) de la humanidad, colaborando con la ocultación cada vez más perfecta de la naturaleza de lo dado y, en consecuencia, con un distanciamiento cada vez mayor con respecto a la «verdad».

También se debe subrayar el hecho de que, originalmente, el contenido del libro debía constituir una expresión conceptual de la sabiduría e, incluso en su forma impresa, servía para transmitir información potencialmente liberadora. Esto es lo que sucedió, sobre todo en Oriente, con los textos de las «tradiciones de liberación interior» y, sobre todo en Occidente, con los que transmitían doctrinas encaminadas a la «liberación» social, política y económica. Así pues, aunque el libro sólo permitía un flujo de información unidireccional, también podía ayudar eventualmente al individuo a superar los sistemas de dominio en uno u otro plano y, así, a alcanzar un mayor o menor grado de libertad. Un medio de estructura instrumental podía, pues, servir a la acción emancipadora —y todavía hoy, muchos de nosotros seguimos empleando la palabra escrita a estos fines—.

Es mucho más difícil utilizar de esta manera los medios audiovisuales, si bien es cierto que ello no es absolutamente imposible. Ahora bien, aunque los utilicemos para fines que consideramos liberadores, dichos medios no dejan lugar para el diálogo (¿dónde podríamos poner nuestras notas o comentarios y cómo podríamos subrayar, etc.?). Ellos nos agobian, sumergiéndonos en un medio ambiente que repite un mismo mensaje a través de

todos los sentidos que el medio es susceptible de afectar, sin darnos la posibilidad de responder. En vez de hablarse de «comunicación de masas» debería hablarse de difusión de masas o, más correctamente, de condicionamiento de masas, pues no podría hablarse de comunicación cuando el flujo de información es unidireccional y el mensaje es el medio —no, como creyó Mc Luhan, porque el mensaje inherente a los medios de difusión y condicionamiento de masas sea el acercamiento de los individuos humanos entre sí hasta transformar el mundo en una «aldea global», sino en un sentido que es contrario a éste, pues la esencia de la aldea está constituida por el diálogo y la multidireccionalidad en la comunicación que los medios han logrado erradicar—.

En efecto, el mensaje inherente a la estructura de los medios es que hay un emisor que debe ser escuchado, visto y obedecido, y un receptor que sólo puede recibir información sin cuestionarla —y este «no cuestionarla» es esencial a la estructura en cuestión, ya que el grado en el que dichos medios nos afectan y la forma en que crean un «ambiente total» prácticamente impiden al videooyente sopesar los mensajes que recibe—. Por supuesto, en un momento dado, en un debate político por TV, el televidente puede negar las opiniones de uno de los participantes y acogerse a las del otro, o incluso negar ambas, pero en ningún caso puede cambiar el mensaje del ambiente creado por el medio, según el cual él no es más que un televidente que debe recibir, absorber y digerir los mensajes que recibe, volviéndolos parte de sí: el más profundo mensaje del medio es que el receptor debe percibir la realidad y organizar su experiencia como eso mismo: como «receptor». Y esto es radicalmente contrario a la esencia de la liberación.

También es necesario tomar en cuenta el hecho de que, aunque el mensaje del libro puede en muchos casos fomentar valores e ideales negativos e indeseables susceptibles de reforzar lo díscolo, la figura «real» que el lector admira o desprecia es el autor, quien por lo general encarna valores intelectuales y espirituales que la sociedad considera «positivos». Además —y aunque en la práctica muchas veces ello no fuese así— idealmente el autor del libro debía ser alguien que tenía algo importante que decir. Y, si lo que lo motivaba a escribir era la necesidad de transmitir un mensaje que consideraba necesario para el bienestar de la humanidad, transmitía el mensaje en cuestión y utilizaba las críticas negativas de otros a fin de evitar ser arrastrado por el orgullo y así frustrar el inauténtico impulso a llegar a creerse un ídolo del espíritu (cosa que, en todo caso, dado el bajo número de personas que leen libros y valorizan por encima de todo lo espiritual y/o intelectual, no sería tan fácil para un escritor). Siempre y cuando de antemano su intención fuese lo suficientemente auténtico, lo anterior le permitía preservar en gran medida su autenticidad.

En cambio, los medios audiovisuales crean artificialmente ídolos de masas que encarnan y promueven valores díscolos cuya adopción resulta necesariamente en destrucción y sufrimiento. Además, tales individuos, en vez de querer preservarse contra la idolatría de otros, a pesar de sus pies de barro —y de su pesado cuerpo de cristal— sólo aspiran a transformarse en ídolos de masas y a creer que ellos son la imagen que sus «fans» admiran e idolatran. En este caso, pues, podríamos considerar el error constituido por el ego como «medio» —o sea, como nivel principal de mensaje— y como «mensaje» —o sea, como nivel secundario de mensaje— a los valores que encarnan los personajes y que inculcan los programas: la visión del mundo implícita en los supuestos de todo razonamiento presentado, en informaciones manipuladas, en actitudes y valores de personajes; la exacerbación de la sensación subjetiva de carencia de los individuos por la propaganda comercial; el fomento de la avidez, la violencia y otras pasiones indeseables; etc.

Lo anterior hace que los modelos que deberían ser evitados se transformen en modelos a imitar y el proceso de degeneración se exacerbe, acelerando el paso de la humanidad en su marcha hacia el abismo. La televisión no es una cura para lo que (según McLuhan) fue producido y exacerbado por el desarrollo del libro impreso, sino el más fuerte impulso en el desarrollo de la «Noche de la cual Joyce invita a los Finnegans a despertar». En *Individuo, sociedad, ecosistema* escribí:

«Más adelante se tratará la distinción que hace Iván Illich entre «instituciones de izquierda» e «instituciones de derecha», aunque se modificará el criterio para la clasificación de las instituciones en uno u otro grupo: en vez de catalogarlas en base a su carácter obligatorio o abierto, se tomará como base las investigaciones de Foucault y se las clasificará en base a su estructura y en particular a la organización o distribución del tiempo y el espacio que ellas imponen a sus miembros. Por ahora lo que nos interesa es que, a medida que se desarrollaban la ciencia y la técnica interdependientemente con el capitalismo, se iban exacerbando las relaciones instrumentales, lo cual equivale a decir que la explotación de los seres humanos y del resto de la naturaleza iba aumentando. Quizás Heidegger tenía razón al afirmar que un sujeto rodeado de simples objetos terminaría por objetivar a los sujetos mismos y que, en consecuencia:⁷

««...la ciencia moderna y el Estado totalitario (son), al mismo tiempo que consecuencias, secuencias de la esencia de la técnica».

«Aunque en general se piensa que el desarrollo de la técnica es algo independiente de los sistemas políticos imperantes, e incluso los socialistas y los comunistas en su mayoría —y en particular los marxistas— dan por sentada la necesidad de su conservación tal como ella existe actualmente, pensadores como Cornelius Castoriadis han advertido que ella es un desarrollo propio del capitalismo que, en su forma actual, tendrá que ser superado con éste. Angel Cappelletti escribe que en sus textos sobre el contenido del socialismo (iniciados en 1955) Castoriadis:⁸

««...Intenta, ante todo... explicitar y hacer concreta una idea muchas veces repetida por los marxistas de modo abstracto y equívoco: la idea de que la revolución debe cuestionar la totalidad de la cultura existente. Solía decirse que la técnica ha de ser puesta al servicio del socialismo y no se advertía que esa técnica era nada menos que ‘la encarnación material del universo capitalista’. Se exigía toda la educación para todo el mundo, sin comprender que eso implicaba más capitalismo en todas partes, porque tal educación (en sus métodos, en su contenido, en su misma existencia como sector social separado) ‘era el producto de miles de años de explotación llevado a su más alta expresión por el capitalismo’. En síntesis: ‘Se razonaba como si hubiera en los asuntos sociales (y hasta en cualquier asunto) una racionalidad en sí, sin ver que lo único que se hacía era reproducir la *racionalidad capitalista*...’

⁷Heidegger, Martin, 1950, *Holzwege*. Citado por Estiú, Emilio (1980), «El problema metafísico en las últimas obras de Heidegger»; en Heidegger, Martin (español, 1980), *Introducción a la metafísica*. Buenos Aires, Editorial Nova.

⁸Cappelletti, Angel (1991), «Cornelius Castoriadis y la sociedad burocrática». En *Trasiego*, Nos 2 y 3, pp. 6-19. Mérida, Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes.

«...Pero Castoriadis va más allá, y de este análisis de la producción capitalista en el mundo actual infiere que el mismo Marx «compartió totalmente los postulados capitalistas» y que ‘su denuncia de los aspectos monstruosos de la fábrica capitalista nunca pasó de ser una crítica exterior y moral’. Más aún, para el pensador grecofrancés, Marx ‘creyó ver en la técnica capitalista la racionalidad misma, una racionalidad que imponía implacablemente una —y sólo una— organización de la fábrica, y convertía por lo tanto esa organización en algo fundamentalmente racional’.

««Mientras Marx tiende a ver en la producción industrial una perfecta prolongación de las leyes naturales que la ciencia fija y determina, Kropotkin propone subvertir esa ‘racionalidad’ para hacer del trabajo, en una sociedad socialista, una obra de arte, donde el obrero logre las satisfacciones propias de todo creador. A esto, desde luego, los marxistas-leninistas lo llaman ‘utopía’. Castoriadis, por su parte, dice: ‘Pero la técnica actual no es *racional* sin más ni inevitable: es la encarnación material del universo capitalista; puede ser *racional* por lo que respecta a los coeficientes de rendimiento energético de las máquinas, pero esa *racionalidad* fragmentaria y condicional no tiene ni interés ni significación en sí misma; su significado depende de su relación con la totalidad del sistema tecnológico de la época, y éste no es un medio neutro que pueda ser puesto al servicio de otros fines, sino la materialización concreta de la escisión de la sociedad, ya que toda máquina inventada y puesta en servicio bajo el capitalismo es ante todo un paso más hacia la automatización del proceso de producción con respecto al productor, y por lo tanto hacia la expropiación de éste no ya del producto de su actividad sino de su actividad misma’.»»

No podemos ya retornar al libro medieval, al menos en un futuro próximo —y, por otra parte, un tal retorno no sería más que un paso atrás a un lugar desde el cual volveríamos adonde nos encontramos actualmente—. Sin embargo, el libro seguirá teniendo validez en la medida en que nos ayude a abrir los ojos a aquello que nos condiciona y nos limita sin que, normalmente, podamos percibirlo. Y la tendrá también en la medida en que nos invite a recuperar la verdadera libertad y en la medida en que ponga en nuestras manos los medios para hacer efectiva dicha recuperación y lograr la final transición a la próxima Edad de Oro o Era de la Verdad. Ahora bien, si el libro ha de servir a este fin, los lectores deberán tener en cuenta el viejo cliché que les pide sopesar lo que reciben y que los insta a dialogar y a criticar la información que consumen, ayudando con ello al escritor a cumplir su función y al mismo tiempo a evitar el peligro en que lo ponen los inauténticos y nefandos deseos inherentes a ese error primordial que es el ego.